

Paulo Neves (Cucujães, Portugal, 1959) vuelve a Santiago con nuevo trabajo y el retorno al color. Nos presenta su serie de indianos, piezas esquemáticas de madera a modo de tótems humanos que impregnados de cálidos colores nos hacen recordar la experiencia colorista de una cultura tan embriagadora como la india. Bañando en color la madera y horadando leves rasgos faciales consigue que unos extraños rostros de leve gesto, entre el sueño y la meditación, consigan inquietarnos.

Son muchas las imágenes que pueblan toda su obra, su seña de identidad en un periodo concreto de su trayectoria. Obsesivamente salen de bloques, se ocultan



en cavidades o son tan sólo leves muecas de algo que se nos presenta como inaudito o indecible. Sus caras pueden surgir del campo, se reencarnan en esa flor del sueño por excelencia, las amapolas, las que mejor carean el destino fatal de la mortalidad pero que asimismo pueden causar cierta sensación de reencuentro o reencarnación.

A veces esas faces se bañan en oro; es entonces en esa experiencia metafórica con el material cuando comulga con el barroco portugués y con toda la iconografía religiosa relativa a relicarios y atributos de orden celestial, tan típicos del vecino país, cuando aproxima el trabajo a la experiencia mística. Y es que por su producción es frecuente ver desfilar ángeles. Suelen ser una especie de criaturas, piezas de pared

que de forma híbrida semejan enlazar lo terreno con lo divino.

Esa misma escala la persiguen sus series de escaleras, unas piezas retorcidas, giradas cual columnas salomónicas hacia las alturas. Piezas cuyo origen suele derivar de ramas de árboles modelados a expensas del viento u otras fuerzas atmosféricas o que participan del propio espíritu que mueve al árbol de dónde se engendró la pieza. Y cómo no, peldaños que vuelven a remarcar el difícil camino encontrado por el que emprenda el cometido al que se atrevió Ícaro. Las numerosas ruedas en su girar también aluden a los baches de la vida o al puro devenir.

Si por su obra lo conocemos, nos puede parecer Paulo Neves algo tímido y de naturaleza un tanto melancólica, pero lejos de su semblante calmo no quiere caer en un pesimismo total. Para ello, esconde sus sentimientos en formas que en principio pueden remitir a nichos, criaturas embrionarias, sugeridoras de sabia nueva o de una posible reencarnación y renovación. Y así, unos troncos que en principio halló muertos, en sus manos se reconvier-

ten en formas cóncavas, portadoras de futurible grano o abiertas a otros esquemas en caparazón o contenedor de unas manifestaciones claramente alusivas a fecundadoras conchas o al propio vientre materno.

Otra de las claves que definen el trabajo de Paulo Neves es su paralelismo con las formaciones naturales. El autor pretende participar de los mismos ejes de desarrollo de los motivos que emanan de la naturaleza, siguiendo los ritmos y formas heredadas de viejos árboles centenarios. Se detiene así con cedros o castaños persiguiendo las vetas, nudos y curvas de grandes troncos hallados después de tiempo buceando en los bosques de su país natal.

Insiste en sus diseños en circular imitando el vaivén del viento o el oleaje de las

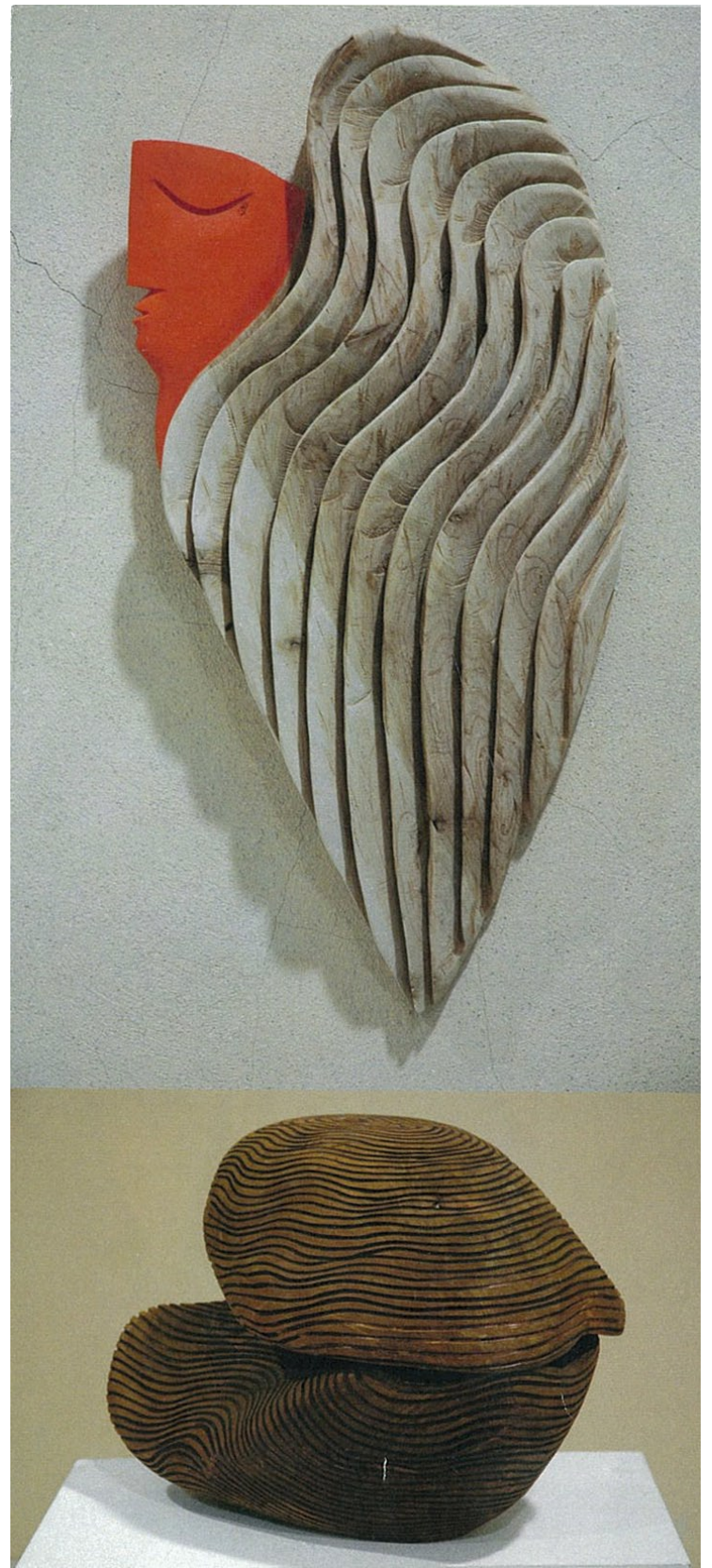
mareas, en esos meandros que a la vez que suman son pérdida en verdad del propio ciclo vital. La evocación del espacio vida-muerte, lo misterioso y telúrico de sus materiales es algo que siempre va implícito en muchos de sus trabajos que hoy se reparten por España, Alemania, Francia, Bélgica, Suiza, Italia, Brasil o Rumanía, amén de la nutrida presencia de obra pública que tiene en Portugal.

Domina la madera, un material con el que entró en contacto desde la niñez tallando palos. Los tiene cerca, porque vive rodeado de bosque y sobre todo se le hace muy familiar al observar a diario su crecimiento, sentir sus poros y entender que como elemento vivo con la naturaleza puede enfatizar su aspecto orgánico mejor que con otros materiales como la piedra o el acero. Su capacidad regeneradora es la que mejor se aviene para desplegar casi una cuestión moral: escuchar y sentir casi los quejidos de árboles muertos que él activa en cientos de rostros o cóncavas formas que dominan sus piezas. Es como si intentase atrapar el espíritu del árbol, el sentido de recuerdo, de pérdida y memoria de la infancia.

En la galería Citania se dan cita las dos tendencias seguidas por Paulo Neves. Una línea más figurativa de rostros y cuerpos apenas insinuados, y otra cuando se aleja totalmente de la figuración y entra casi en el diseño a través de caligrafías onduladas, laberintos o meandros que ciertamente marean en su insistencia persistente de encerrar la memoria del tiempo.

Son muchos diálogos posibles o de inacabadas experiencias estéticas, pero que siempre hechizan en sus formas dinámicas y sensuales, por respetar el medio, por aliarse con él jugando con sus mismas armas: la seducción y el crecer de líneas suaves y armónicas en connivencia con las sabias leyes naturales a las que el escultor se limita con inteligencia a acrecentar.

Su tierra, Cucujães no cansa de reportarle formas brutas que él reelabora en un lenguaje siempre abierto a la imaginación más que a la imitación. Así, de allí salieron ideados para la reabierta galería Citania, una serie de pequeños o grandes troncos que desperdigados por la sala forman una especie de bosque, de comunidad digna de multiplicarse o reproducirse. Una suerte de familia siempre abierta a lo natural, a la reconciliación con un medio natural que la mayoría de las veces dejamos, inconscientemente, perder.



PAULO NEVES ANIMAR LA MATERIA CON COLOR Y OLORES

TEXTO *Fátima Otero*